

Fe e Ideología

Juan Luis Segundo

Fe e Ideología (2)

Lo que quisiera exponer es una duda con respecto a un planteo muy corriente que divide a los hombres radicalmente entre quienes tienen fe y quienes responden a una ideología. Unos llegan a la afirmación de que la fe sola basta para orientarse en la vida y otros negarán en la ideología una fe subyacente.

1º

Para comenzar a despejar esta duda creo más conveniente partir de una análisis fenomenológico, más bien que de una definición. Porque la definición puede darnos resuelto el problema un poco artificialmente dejando de lado toda la complejidad de la existencia.

Un ejemplo literario nos puede abrir el camino, prescindiendo de discusiones sobre su interpretación. Se trata de la obra de Albert Camus: "Calígula".

El problema que plantea "Calígula" es el de la felicidad del hombre, problema que de alguna manera es el resorte que mueve tanto a la fe como a la ideología. Al emperador Calígula le parece que pocos hombres al término de su vida tienen la sensación de ser felices, porque ningún hombre llega a la meta propuesta. ¿Por qué es tan general el hecho de que el hombre haga un balance pesimista de su vida?. Y el emperador medio loco llega a una conclusión sumamente sabia: los hombres no son felices porque no llegan a la meta propuesta y ello es debido a que se distraen por el camino. El problema se solucionaría si los hombres fueran mucho más lógicos en poner todo al servicio de la meta propuesta, haciendo una especie de economía de la libertad sin malgastarla en los afectos que distraen del camino propuesto.

Calígula se propone, como emperador que no necesita de nada ni de nadie, convertirse en ejemplo de esa lógica que lleva al hombre a la felicidad, al convertir en realidad el valor o la finalidad propuesta a su existencia.

El sabe que no podrá llegar a una finalidad, a elegir un ideal, si antes de esa elección no da un paso previo: conquistar la disponibilidad que sea invol-

Haré una pequeña introducción a este artículo¹. El título puede sin duda desconcertar y, el autor, resultar un perfecto desconocido para quien no está muy metido en la jerga (o dialecto) eclesial y/o teológico. Comencemos al revés, esto es, hablando acerca del autor. Este teólogo y sacerdote jesuita uruguayo (1925-1996) jugó un rol muy importante dentro de la Teología de la Liberación Latinoamericana. Ya en los albores de los sesenta, en plena ebullición de movimientos y génesis de intentos y pensamientos propios, él sienta las bases para: comprender al hombre latinoamericano en su profundidad; captar lo hondo de los procesos colectivos de transformación a todos los niveles (político, socio-económico, cultural, religioso-eclesial); sugerir el necesario proceso de elaboración que debe sufrir el lenguaje para vehicular los contenidos más densos y profundos; y aportar el punto adecuado de engarce del anuncio de un Dios tan humano que humaniza al interlocutor liberándolo profundamente y haciéndolo agente de liberación.

Decir esto y no decir nada del autor es lo mismo. Por el afán de ser sintético se cae en un lenguaje meramente decidor, digital, cuantificable. ¿Cómo decir lo mismo icónicamente?. Simplemente afirmando que Segundo fue un gran pedagogo, que él aprendió y enseñó a "aprender a aprender", de tal manera que en el horizonte de los presagios y las expectativas de la fe de los hombres, de cada hombre, resonara con sabor siempre nuevo y liberador el mensaje de revelación de Jesús de Nazaret.

Ahora bien, ¿no contradice esto último, el mismo título del artículo?. ¿No parece acaso anticuado hablar de ideología?. Quien lo lea verá que no, y por ello no adelantaré nada de lo que Segundo va a decir de mejor modo que yo. Simplemente me referiré que permanece siempre vigente el hecho de que nosotros, los seres humanos, apostamos con fe en testigos creíbles que implementaron medios (ideologías) para llevar a concreción determinados datos trascendentes² vistos como siempre valederos. Apostar con fe en otro u otros; ser capaces de generar medios y espacios, tener convicciones moldeables y estables es de gran vigencia en la gris hora actual y este se constituye en el principal aporte de este teólogo - hoy en el cara a cara con Dios - para liberar y potenciar nuestras vidas y energías, siempre capaces de preñarse de esperanza.

Fernando Kuhn, cmf

(1) Los datos trascendentes son incorporados posteriormente por el autor a la reflexión acerca de la fe y la ideología. Así él pasó del binomio que este artículo de 1974 propone, al trinomio fe-ideología-datos trascendentes. Cfr. id.; El hombre de hoy ante Jesús de Nazaret vol. I, Cursiandad, Madrid 1982; Id.; La Historia perdida y recuperada de Jesús de Nazaret, Sal Terrae, Santander 1991.

(2) Juan Luis Segundo. Artículo publicado en la revista Perspectivas de Diálogo, nº 88, Uruguay, 1974.

nerable a las distracciones o afectos que retienen o desvían.

No puede estar atado con afectos a otras personas. Rompe sistemáticamente sus afectos de una manera espantosa (es el juego de la obra). Caen sus amigos pasando por encima de sus derechos; no vacila en matar a su mujer que ama, etc.; no por ser cruel, sino para estar libre. Con esa libertad piensa que puede elegir un ideal que valga la pena y realizarlo. En el horizonte está la felicidad. Pero el desenlace de la obra nos muestra a un Calígula que parece indiferente, sin interés por las cosas y las personas, es decir, en la mejor actitud para elegir un ideal por el que valga la pena vivir, que dé sentido a su existencia. Pero en ese momento tan apto para decidir, para iniciar el camino y seguirlo con lógica es un ser tan monstruoso que prácticamente muere. Así no ha experimentado si un valor vale la pena; sólo ha experimentado la falta de fidelidad, de afectividad, la monstruosidad.

Como consecuencia de la parábola de Calígula aparece el análisis de la existencia humana que muestra que nadie puede elegir un camino sabiendo de antemano que es satisfactorio. En caso que al llegar al final descubra que no lo es no puede volver a empezarlo, volver atrás, porque el final del camino es la muerte.

Podemos tener una idea de un camino satisfactorio sólo a través de personas que han llegado al final y que han vivido un valor que nos parece que por él vale la pena vivir. Un valor que da sentido a una vida.

No podemos elegir un valor por el cual valga la pena vivir porque yo lo haya experimentado, sino que son los testigos, los otros, quienes me indican la economía de la vida, el precio que tengo que pagar y el que no tengo que pagar para tener coherencia en mi existencia. Mi vida será estructurada no en base a mi experiencia, sino en base a la fe en otros.

La elección la hacemos sospechando que hay valores por los cuales la vida vale la pena ser vivida a través de personas cuyas vidas nos dan una garantía de la solidez de esos valores.

El fracaso que nos enseña la parábola de Calígula es querer elegir por propia experiencia una estructura satisfactoria de la vida; querer contar con un sólo testigo, que es él mismo. Renuncia a la génesis sociológica de la estructura de valores que han de

regir su vida, porque teme la apuesta que supone la fe.

Calígula se nos convierte para nosotros en el absurdo que supone prescindir de la fe en los testigos para estructurar la propia existencia. Por otra parte al eliminar a los amigos, a los testigos, aunque en abstracto tiene toda la posibilidad de elegir, sin

*Mi vida será
estructurada no en
base a mi
experiencia, sino en
base a la fe en
otros.*

embargo, en la realidad, nada tiene que elegir, porque es a través de vidas humanas, de otros, que nos orientamos para elegir, para apostar.

El ejemplo literario nos ha servido como análisis de la existencia humana. De todo hombre. Porque dejando de lado los nombres, tanto de ideologías como de credos, todo hombre consciente o inconscientemente apuesta estructurar su vida de acuerdo a un sistema de valores que le dará una referencia de medios a fines y le guiará para pagar el precio que tiene que pagar de acuerdo a la forma cómo ha estructurado su vida para que tenga sentido y plenitud. Lo que todos pretendemos es la felicidad que sólo la da la lógica y la coherencia; cuando no perseveramos se reacciona moralmente con un complejo de culpa.

Muchos no pueden darle nombre a su sistema, a su ideología o a su fe, ni sistematizarla racionalmente, pero sabemos que la tienen y, por eso, podemos predecir cómo actuarán, y por qué actúan de tal manera. El sistema que da coherencia a una vida es un componente de la existencia humana.

A esta primera consecuencia podríamos añadir una segunda: el origen de esta construcción estructurada de nuestras vidas está en la fe en otras personas, a través de las cuales

nosotros percibimos que ciertos valores valen la pena de ser vividos, porque prometen una vida satisfactoria y feliz. No se trata de copiar existencias estructuradas, sino que en ellas vemos o intuimos que vale la pena hacer la apuesta de los precios que pagan para vivir con sentido.

Y una tercera consecuencia es la identificación de fe e ideología. Ambas organizan la vida en vistas a un sentido que valga la pena; ambas dicen qué es importante y qué no lo es; ambas señalan los precios que hay que pagar para ser feliz. Pero también ambas provienen de la apuesta subjetiva, o sea, la fe en testigos. Nadie objetivamente puede experimentar el valor que da coherencia o sentido a toda la vida; sólo apostamos a él en la intuición de modelos y en la confianza de testigos.

Aunque, como veremos más adelante, los adultos pueden señalar racionalmente una distinción entre fe e ideología, en la existencia humana es más decisivo, aunque en forma inconsciente, la identificación entre fe e ideología, tanto por su origen como por su función. Debido a esto hay una unidad más radical por la identidad de ideologías inconscientes que por las denominaciones racionales y explícitas con las que afirmamos que nos orientamos en la vida. De hecho personas que se identifican bajo una misma denominación está resueltas a pagar precios diferentes que de hecho no vienen de la denominación explícita, sino de la diferencia de ideologías implícitas.

Es un descubrimiento relativamente reciente el que las denominaciones explícitas de fe e ideologías (soy cristiana, soy marxista, soy liberal, etc.) no nos separan tanto ni nos unen tanto como las estructuras ideológicas vitales e inconscientes. Cuando la Jerarquía llama a los católicos a la reconciliación para evitar el escándalo de la división interna en la Iglesia, hacen recurso a la denominación explícita de la fe, del credo, argumentando que es más lo que nos une que lo que nos separa; que lo último son diferencias y opciones secundarias frente a una visión de la vida coherente, homogénea y unificadora (creadora de un Cuerpo, de una comunidad) que es la fe cristiana, que es lo absoluto.

En este tipo de exhortación subyace una incompreensión y hasta un escán-

dalo de que católicos se puedan sentir más a gusto y más identificados con no católicos (vgr. marxistas, ateos, protestantes, etc.). Esto es debido a que se ignora que la manera cómo uno estructura su vida es más decisiva que las denominaciones que se profesan en el orden consciente y racional con las cuales se ha identificado la fe. En los hechos no es la fe la que nos separa o nos une, sino la fe ideologizada diversamente, es decir, la diversa identificación de fe e ideología. El pretender separar fe e ideología, dando a la primera un valor absoluto y a la segunda un valor relativo implica ignorar la estructura misma de la existencia humana.

Al término de este análisis fenomenológico de la existencia podemos afirmar que fe e ideología se confunden tanto por su génesis social (proviene de fe en testigos), como por su función rectora de la existencia (ambas dan un significado a la vida y orientan en la elección de medios para los fines que se han elegido como valor estructurante de una existencia plenificadora).

IIº

La apuesta que hay en toda existencia humana, que no puede ser vivida sin una estructura rectora, la hacemos a través de testigos que nos dan y cierta garantía sobre ella. En este nivel ideología y fe se identifican.

Pero, ante el hecho de la separación que hacemos, a nivel lógico, entre fe e ideología, ¿cabe la posibilidad de una distinción? ¿Y esa distinción las convierte en separables?

Para responder a este interrogante sería bueno recorrer la experiencia concreta que recorre el niño, pasando por la adolescencia, hasta la madurez. Haciendo este recorrido de la génesis de una persona podremos ver cómo se van desarrollando fe e ideología y si en un momento esos dos elementos se separan (dándonos hombres que tienen fe y hombres que tienen ideología), o más bien son dos elementos que siguen juntos, aún en la madurez, como dos polos complementarios de toda búsqueda humana.

Hay algo evidente en la ciencia pedagógica: los primeros testigos de los valores que proporcionan cierta ideología, en el sentido más elemental de la palabra, que conducen a una conducta estructurada coherentemente, son las personas más cercanas. El niño desde una edad muy temprana tiene la imagen paterna

como ideal. Por el contrario los psicólogos señalan que la incoherencia de los padres está en el origen de la esquizofrenia posterior. La paralización de la educación está en la imagen incoherente de los más cercanos al niño, de sus educadores.

Los padres son el gran testigo para los niños de la solución a los problemas que se presentan; de los medios diferentes que conducen al mismo fin, etc.; todo eso produce seguridad en el niño. En el niño no podemos hablar de principios ideológicos, ni de fe en sentido estricto, porque lo que apunta a una estructura coherente de comportamiento es el testigo referencial. Fe en él, confianza en él es la realidad psicológica que vive el niño. Y en esto poco importa el nombre que se le dé. Tanto ideología como fe con nombre propio (cristiano, marxista, etc.), será una repetición de lo que el testigo referencial exprese como motivación de su conducta. Si el padre se llama cristiano y vincula su estructuración coherente de conducta, su visión de la vida, etc. al cristianismo, eso mismo repetirá el niño sin saber objetivamente lo que significa. Así un cristiano de nombre pero que en su realidad histórica es la negación del cristianismo ortodoxo, legará a su hijo esa denominación.

Es decir, fe e ideología no se distinguen en el niño ya que lo que lo define es la confianza y fe en los testigos referenciales de quienes imita la coherencia con que éstos ven el

mundo y actúan.

En el adolescente el problema se plantea en forma más rica con respecto a fe e ideología. En ellos comienza una apertura a la objetividad.

Muchos factores intervienen en el proceso. En primer lugar se amplía el abanico de los testigos referenciales al descubrir, un una visión incipiente pero más amplia de la historia y de la vida, otros testigos referenciales que pueden descubrir las debilidades de los primeros. La apertura a un mundo más amplio le da la posibilidad de optar por nuevos testigos referenciales, en quienes ve una mayor coherencia, lo cual indirectamente le lleva a la búsqueda de una mayor objetividad, así como puede distanciarlo críticamente de sus primigenios testigos referenciales con toda la crisis que esta experiencia psicológica tiene de rebeldía e incompreensión.

El elemento determinante de este cambio referencial es la crisis. Una de las experiencias más típicas que determina la crisis es la experiencia del fracaso. Experiencia fundamental que proviene de la imposibilidad de mantener la coherencia, es decir, que si se es coherente se fracasa o la experiencia del fracaso de los héroes en quienes se había depositado toda la confianza. Así la estructura de valores se resquebraja en una experiencia traumática.

(Continuará en el próximo número)

Adhesión

Al cumplirse el 20º Aniversario
de la muerte de
Mons. Enrique Angelelli, el

**SINDICATO DE EMPLEADOS
PUBLICOS DE CÓRDOBA**

adhiera a los actos de Homenaje
a su memoria.